

La expresión "gravedad específica" no se emplea en ningún texto. Muy atinadas con todo las observaciones del profesor Keith

Saludamos con especial complacencia la intervención del profesor don Rafael W. Keith Alvarado en la aclaración de conceptos importantes sobre el peso específico, para el que propone el término "peso relativo", o mejor aún, "peso específico relativo". Justifica, sin embargo, el anglicismo "gravedad específica". Habíamos observado entre nuestros especialistas cierta actitud olímpica, que les impedía bajar a la llanura y frotar narices con los demás mortales. El profesor Keith, o "Raffles", como le decíamos afectuosamente, no pertenece al gremio de los olímpicos. Se da plena cuenta de la importancia que tiene la precisión de los términos y definiciones y en sus cursos trata de practicar el rigor científico y lingüístico. Aunque las observaciones que hace respecto de cuestiones de nomenclatura son muy sensatas y propone expresiones muy acertadas sin duda, éstas están en pugna con la terminología corriente de las lenguas romances, todas las cuales aceptan peso específico, que Arquímedes fue el primero en determinar por desplazamiento. Tomemos, al acaso, un texto de química, el del licenciado Luis Postigo, español, y en él vemos el uso reiterado de "peso específico": "Entre las constantes físicas, más importantes —dice—, están la densidad o peso específico, los puntos de fusión y ebullición, el calor específico, etc.". "Podríamos citar textos franceses e italianos, como el de Molinari o el "Dizionario di Chimica Generale e Industriale", en tres tomos, de Michele Giua, Turin, 1950, "PE-SO SPECIFICO (Massa specifica). Come e detto nell'articolo DENSITA, il peso specifico o masa specifica é il rapporto tra il peso (massa) e il volume...".

Raffles tiene toda la razón al hacer sus reparos en el terreno de la ciencia pura. Nosotros criticamos la expresión "gravedad específica", por "peso específico", por considerarla un anglicismo, y citamos la versión que las demás lenguas dan a la expresión inglesa, en la que hay perfecta unanimidad. Las diversas lenguas, en el nivel del lenguaje corriente, se reservan el derecho de adoptar su propia terminología, que se mantiene a veces aunque sea defectuosa y viole algunas reglas. Daremos un ejemplo de esta terquedad lingüística. El término "óxido" apareció primero, si no estamos equivocados, en su forma francesa "oxyde" y pasó luego a otras lenguas, incluso el alemán (oxyd) en formas semejantes. En inglés se dice "oxide". Se trata siempre de un compuesto binario. Más tarde el sufijo -ide se asoció en inglés a otros compuestos binarios, y fue una coincidencia que oxide terminara en "-ide" como otros compuestos binarios. En francés, sin embargo, esos compuestos binarios tienen otro sufijo, "-ure", en chlorure. En español el sufijo es "uro", en portugués "eto". No se cambió de nombre a los óxidos, llamándolos "oxuros", que hubiera dado mayor uniformidad a la nomenclatura. Ahora bien, cuando se prepararon compuestos de un radical orgánico con el ácido clorhídrico, en francés se escogió el término "chlorhydrate" y nosotros dijimos "clorhidrato". Algo parecido se hizo en inglés, adoptándose al principio la forma "hydrochrolate", que luego se cambió por "hydrochloride". Los franceses y españoles siguieron diciendo "chlorhydrate" y "clorhidrato", quizás porque consideraban que el nombre denotaba bien un compuesto ternario, es decir, un compuesto formado por un alcaloide, el cloro y el hidrógeno, aunque ese sufijo "ato" pudiera prestarse a confusión con los compuestos ternarios que contienen oxígeno, como los carbonatos. Hace algunos años se editó en España un diccionario químico en el cual se llama a los clorhidratos "hidrocloruros". Eso se nos antoja ser un servilismo con el inglés y lo más extraño es que haya tenido el diccionario la sanción de químicos peninsulares. Nosotros protestamos, pero no se nos hizo caso y el hidrocloruro sigue figurando en el referido diccionario y muchos fabricantes españoles que consultan esa obra han comenzado a imitarlo, diciendo "hidrocloruro". Otro caso: el cromo, que no es un metal, tiene en inglés la terminación -ium (chromium), de los metales o de grupos que se comportan como

metales, como el amonio (ammonium). Los malos traductores, viendo el nombre de chromium en inglés, emplean en español la palabra "cromio", que no existe. Podríamos multiplicar los ejemplos de esa clase de servilismo. Por eso fue que objetamos el término "gravedad específica" para traducir specific gravity, cuando siempre se había dicho "peso específico". La expresión puede ser inexacta desde el punto de vista de la física pura, pero es un término corriente, no un anglicismo. El vulgo, aun el ilustrado, no exige la extremada precisión de la física y los reparos del amigo Keith están bien fundados, aunque no lo están por lo que respecta a la nomenclatura vulgar. Al notar en el formulario de análisis de orina la expresión "gravedad específica", cuando "peso específico" o densidad hubieran sido preferibles, nos pareció que debía-

mos de incluirla en la angli-parla. Los que hicieron el análisis no estaban pensando en conceptos más sutiles, como el de "masa", que aunque diferente a peso, en nuestro planeta es más o menos equivalente, y se mide en gramos, sin buscar una unidad que no comprometa. En la Luna si bien el peso de una sustancia es menor por ser menor la atracción gravitatoria de la Luna, la masa permanece igual, y el esfuerzo necesario para impulsar un tren en la Luna es igual al de la Tierra. En materias tan importantes como la fórmula de Einstein de la conversión de la energía, a pesar del carácter absoluto que tiene, se sobreentiende la unidad gramo, diciéndose que la energía es equivalente a la "masa" (medida en gramos), multiplicada por la velocidad de la luz al cuadrado, porque, como dice el amigo Keith, en la Luna, aunque las

cosas cambian, el coeficiente entre el peso de una sustancia y el peso de un volumen de agua guardan siempre la misma relación.

El sistema métrico se ha adaptado en física para la medición, en vez de las complejas unidades de los anglosajones. Tiene sobre todo la ventaja de la división centesimal. Por lo demás, el metro es una unidad tan arbitraria como la vara o la yarda. Al principio se creía que el metro correspondía exactamente a una diezmillonésima parte de la distancia que media entre los polos de la Tierra y el ecuador; pero mediciones posteriores indican que esa distancia es como de ... 10.000.880 metros, y por lo tanto la longitud del metro no se puede fijar con arreglo a la antigua norma, y se define diciendo que es una barra de platino-iridio, de como cuarenta

pulgadas de largo, que se guarda en las bóvedas de la Oficina Internacional de Pesos y Medidas, situada en Francia, cerca de Paris. En la Oficina de Normas de Washington se conservan tres facsimiles del metro parisiense, a la misma temperatura uniforme que en Paris.

La precisión científica de la física poco diría a una persona que quisiera comprar una corbata de determinado matiz rojizo, que el físico describiera conforme al índice de refracción. En la tienda, por no dar su brazo a torcer, dirían que esas corbatas se habían agotado, pero que esperaban recibir un nuevo lote de un momento a otro.

En resumen, que estamos fundamentalmente de acuerdo el profesor Keith y este cura. La única diferencia es que él se sitúa en un nivel semántico distinto del nuestro.

CRISTIAN RODRIGUEZ